



www.loqueleo.com

Miranda y la flauta traversa

© Del texto: 2016, Luis Darío Bernal Pinilla

© De las ilustraciones: 2016, Mónica Peña

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-505-4

Impreso en Colombia

Impreso por Editora Géminis S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2016

Segunda reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Miranda y la flauta travesera

Luis Darío Bernal Pinilla

loqueleg

*A Mery y Luis Alfonso
Catalinito
Carmen
Elsita*

En DO

Eso *dificiliza* el trabajo

Miranda había atravesado, como un rayo aceitado, la esquina de Colombia con Berrío, y ahora acezaba intensamente. Entre tanto, el metro cruzaba raudo y ruidoso, hacia el sur de la ciudad, encima de su desmelenada cabeza rubia.

9

Luego de un rato, ya resguardada, la respiración de Miranda comenzó a tranquilizarse poco a poco. Empezó a sentir algo que jamás había experimentado. Entonces percibió, asombrada y sin mayor explicación, que algo en su vida comenzaba a cambiar. Como si estuviese despertando de una pesadilla. O saliendo de un túnel oscuro.

Estaba como paralizada. Anclada bajo el pequeño bosque del jardín exterior, una especie de gruta de árboles de una residencia de El Poblado; parecía ya no importarle si alguien la perseguía todavía.

Pensaba que la maratón que la había llevado a esa esquina los labios untados de la deliciosa mantequilla de maní del sándwich y la barriga adolorida por el golpe que se había dado al saltar estaban plenamente justificados por lo que estaba sintiendo.

10 Su oído había sido atrapado por algo que jamás había escuchado, pues estaba acostumbrada a oír, día y noche, música de carrilera, salsa, vallenato, despecho, y una que otra melodía del folclor antioqueño, que se filtraba con dificultad en las numerosas emisoras que Miranda escuchada a diario, por todas las esquinas de su hogar, es decir, por las diversas calles y avenidas de Medellín.

Poco a poco se percató de que el sonido que le llegaba por detrás y que la tenía atrapada desde hacía unos instantes venía del otro lado del jardín. Allí se había escondido para huir de la autoridad de los pochos. Había pegado un brinco tan grande que ningún agente de la Policía, de los cuatro Plátanos Verdes, como les decía, que habían salido detrás de ella, pudo siquiera imaginarse que Miranda estuviese escondida en el jardín exterior del Conservatorio de Música de Antioquia.

A pesar de sus doce años, de su agitada y a veces difícil vida en las aceras, calles, avenidas, suburbios de Medallo, como nominaba con orgullo a su tierra, Miranda era una niña fuerte. Viva. Ágil. Muy audaz. Y tremendamente inteligente.

Pocos gamines de la zona le ganaban en correr, trepar árboles, saltar bardas, robar en las cafeterías, decir palabrotas, cuando era necesario. Además, tenía una gran habilidad para el “tumble” de transeúntes. Y era lo que más la emocionaba. Le divertía, decía ella. Pero jamás hacía daño físico a sus clientes, como llamaba a sus víctimas.

11

Con su cara de yo no fui, sus ojitos aperlados, su simpático rostro pecoso, su sonrisa amplia y sus desmarañados cabellos rubios, Miranda se acercaba a la víctima, quien jamás desconfiaba, con una suavidad, cadencia y movimiento delicadamente gatunos.

Y cuando el alma caritativa intentaba buscar algunas monedas para darle, Miranda ya se había autoabastecido. Con un suave jalonazo ella se llevaba cualquier cartera, celular o bolsa, porque, como trabajaba en sectores pudientes de la ciudad, algunas de sus víctimas aún tenían la manía

de lucir y cargar prendas y elementos de algún valor.

12 Había que verla practicando su oficio, que en Miranda ya era una profesión. Y con seguidores de su causa y fama, pues siempre andaba con dos niñas, más pequeñas que ella, sus *sisas* del alma, sus caravanas, como las apodaba, a las cuales quería y defendía con su vida. Pero a las que utilizaba como pantalla, o como escudo cuando había que correr, pues les enseñó a enredarse, con gran habilidad, entre las piernas de las víctimas, a agarrarse como sanguijuelas al bolillo o a la chaqueta del policía que intentara salir raudo en pos de Miranda.

Como acababa de ocurrir hacía unos minutos. Solo que en esta oportunidad, Miranda estrenaba sector. Lo hacía con alguna frecuencia. Para limpiar los sitios cuando estaban quemados y para ampliar el negocio, decía ella con gran sabiduría. “No ve que luego de unos días a uno ya lo distinguen. Y eso *dificiliza* el trabajo”.

Porque para ella, para Miranda, que fue abandonada en la puerta de la Catedral Metropolitana de Medellín cuando tenía tres días de nacida, en la